



**HAL**  
open science

# Transitions politiques et évolutions culturelles dans les sociétés ibériques et ibéro-américaines contemporaines

Isabelle Tauzin-Castellanos

► **To cite this version:**

Isabelle Tauzin-Castellanos. Transitions politiques et évolutions culturelles dans les sociétés ibériques et ibéro-américaines contemporaines. La transición peruana: actos simbólicos y vida cultural, Dec 2001, Montpellier, Francia. pp.239-252. halshs-00671858v2

**HAL Id: halshs-00671858**

**<https://shs.hal.science/halshs-00671858v2>**

Submitted on 15 Apr 2012

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La Transición peruana: actos simbólicos y vida cultural

---

*Transitions politiques et évolutions culturelles dans les sociétés ibériques et ibéro-américaines contemporaines*

Edition de Francisco Campuzano, Université de Montpellier 3, 2002, p. 239-252

*Colloque 6-8 décembre 2001*

## 1. Cronograma de la transición

La transición democrática en el Perú es un hecho sumamente reciente<sup>1</sup>; cubre el bienio 2000-2001 con una agenda que se ha conocido de manera incompleta fuera del mismo país. Retomando las definiciones matizadas propuestas en la revista limeña *Quehacer*, partimos del hecho que una transición democrática es un “proceso por el cual se cambia un régimen autoritario por uno democrático mediante acuerdos expresos o implícitos<sup>2</sup>”.

Se puede distinguir dos fases: una primera fase de liberalización y una segunda etapa de democratización propiamente dicha. Fijar un principio a la fase de liberalización resulta difícil. Más bien se puede señalar el principio del fin para el gobierno de Alberto Fujimori<sup>3</sup>.

A partir de 1997, después de una reelección triunfal y por nadie cuestionada (abril de 1995), van a suceder una retahíla de arbitrariedades<sup>4</sup>: por un fallo confuso sobre la posibilidad de un tercer mandato presidencial, son despedidos y acosados tres jueces del Tribunal Constitucional creado por la nueva Constitución (1993), se dan “las marchas de protesta más agresivas vistas contra el gobierno desde 1990<sup>5</sup>”; algunos medios de comunicación revelan abusos del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), acusaciones que provocan la expropiación de los dueños del canal de televisión concernido, pese a ser fervorosos partidarios del presidente; tal despojo acarrea una crisis de confianza de los inversores y acrecienta la recesión económica después de un par de años de increíble bonanza. Ha empezado la Caída, consecuencia del proceso de corrupción inherente a cualquier enraizamiento en el poder, pasados los primeros tiempos de cambios.

Las dudas sobre las intenciones de Alberto Fujimori se desvelan definitivamente el 27 de diciembre de 1999 cuando anuncia que postula a un tercer mandato desoyendo la desaprobación popular. En adelante los analistas de la campaña electoral de 2000 van a apuntar el trato desigual proporcionado por los canales de televisión a los distintos candidatos y el respaldo desmedido del aparato estatal a aquel que es a la vez presidente y candidato. La primera vuelta electoral –9 de abril de 2000- es tachada de irregularidades y manipulaciones diversas. El candidato llegado segundo en la votación, Alejandro Toledo, termina por renunciar a presentarse a la segunda vuelta ocurrida el 28 de mayo, por falta de garantías en el proceso electoral<sup>6</sup>. Sólo queda la candidatura del presidente, quien es declarado elegido con el 43% de los votos, correspondiendo el 57 restante al ausentismo, votación en blanco, viciada o a favor de la oposición. Entre las dos vueltas se organizan algunas marchas de protesta encabezadas por los estudiantes de las distintas universidades. Este protagonismo juvenil, ya emergente en 1997, pone fin a un decenio de apartamiento de los universitarios respecto a la política, un fenómeno en parte debido al anterior liderazgo de Sendero Luminoso en las universidades nacionales, a la posterior repulsa y a la ineficiencia general de la clase política para brindar nuevas esperanzas desde finales de los 80.

<sup>1</sup> Artículo redactado en 2001, se vuelve a publicar en forma electrónica en 2012 como testimonio contemporáneo de la transición del 2000-2001 en el Perú.

<sup>2</sup> Ferrero Costa, Augusto, “Negociación política y transición democrática: no al fracaso”, *Quehacer*, n° 128, enero-febrero 2001, Lima, Desco-Industrialgráfica, págs. 30-33.

<sup>3</sup> La revista bimestral *Quehacer* ofrece este acertado resumen sobre los años ‘90: “durante buena parte de la década pasada la política nacional estuvo definida por la legitimidad y la simpatía mayoritaria por un régimen autoritario, hoy en día la legitimidad y la propia legalidad del tercer mandato del gobierno están severamente cuestionadas y su respaldo popular está marcadamente erosionado”, en “La carrera de fondo” de Eduardo Ballón Echeagaray, *Quehacer*, n° 124, mayo-junio 2000, Lima, Desco, págs. 12-15.

<sup>4</sup> Bowen, Sally, *El expediente Fujimori. El Perú y su Presidente 1990-2000*, Lima, Perú Monitor, 2000, “Nubarrones de tormenta”, págs. 309-336.

<sup>5</sup> *Ibid.* pág. 310.

<sup>6</sup> Ames, Rolando, Bernal, Enrique y otros, *Situación de la democracia en el Perú (2000-2001)*, Lima, PUCP, 2001, págs. 135-139.

La fase de liberalización del régimen fujimorista<sup>7</sup> es mucho más breve de lo que se conjeturaba<sup>8</sup>: por un lado la minoría presidencial se va convirtiendo escandalosamente en mayoría gracias a congresistas tránsfugas<sup>9</sup>; el tercer mandato de Alberto Fujimori parece ya consolidado y listo a perdurar los cinco años previstos por ley. Pero el derrumbe va a darse en escasas semanas, causado por la quiebra de los mismos gobernantes.

El 28 de julio, día de la Independencia, tiene lugar la tercera juramentación presidencial ante un Congreso semivacío y en presencia de los únicos representantes de Ecuador y Bolivia. Mientras tanto la calle se transforma en escenario simbólico de repulsa nacional, un evento que comentaré más adelante al analizar los sistemas simbólicos manipulados por las partes adversas.

Para poner fin al repudio internacional y conseguir las imprescindibles líneas de crédito del exterior, el gobierno está obligado por la OEA a establecer una Mesa de Diálogo con la participación de los partidos opositores. En realidad tal debate no es sino una cortina de humo que no desemboca en nada.

La crisis estalla en septiembre con la difusión en la televisión de un video que muestra cómo el asesor presidencial, Vladimiro Montesinos entrega dinero a un congresista consiguiendo así su apoyo. Al poco tiempo el presidente Fujimori anuncia que se deshace de su asesor y que va a convocar nuevas elecciones en las que no será candidato. A partir de la difusión del primer “vladivideo” el Perú vive unas semanas caóticas entre los rumores de golpe de estado promovidos por Montesinos, la fuga de éste a Panamá, su regreso y nueva huida hacia Venezuela, por último el abandono del cargo anunciado por Fujimori en viaje al exterior y su instalación en Japón. Desgraciadamente la Historia se parece entonces a una telenovela seguida por millones de televidentes peruanos espantados ante tantas revelaciones. El vacío en el Ejecutivo, confirmado por la renuncia de los dos Vicepresidentes, es colmado por la elección en el Congreso de un nuevo presidente de esta asamblea quien asume a continuación la Presidencia de la República, conforme a lo dispuesto por la Constitución.

A partir de entonces, 22 de noviembre de 2000, con Valentín Paniagua de presidente, empieza la segunda fase de la transición, dándose principio a una verdadera democratización, con elecciones legislativas y presidenciales organizadas el 8 de abril de 2001 y el 3 de junio de 2001. Esta etapa, marcada por la remoción de numerosas autoridades, la detención de figuras políticas, jueces, empresarios y oficiales de alta graduación, culmina con la juramentación de Alejandro Toledo como nuevo Presidente electo, el 28 de julio de 2001.

Considerada primero como concluida en esta fecha, la transición aparece como un proceso inacabado, incierto e incluso comprometido a los cien días de la presidencia de Toledo<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Por la crisis el léxico político se incrementa con los neologismos “fujimorismo”, “fujimorista”, el despectivo “fujimorato”, título de un sesudo estudio político-constitucional de Pedro Planas (Lima, Kelly, 1999), y con la caída del régimen se expande el uso de la palabra nido definitivamente condenatoria “el fujimontesinismo”.

<sup>8</sup> En junio de 2000 el analista Eduardo Ballón Echegaray predecía una “carrera de fondo” hasta un cambio de régimen: “Concluida la visita de la Misión de Alto Nivel de la Organización de Estados Americanos, los distintos actores han asumido ya que la necesidad imperiosa de democratizar el país no se resuelve en el plazo inmediato y, por lo tanto, la perspectiva es de un conflicto de mediano plazo.” [2]

<sup>9</sup> Véase el artículo “Cachina política” de Hernando Burgos y Martín Paredes en *Quehacer*, n° 124, mayo-junio 2000, págs. 33-37. Escrito antes del escándalo de los vladivideos ya era revelador de la inmoralidad característica de algunos congresistas. Luego *Quehacer* publicó otra lista de personalidades comprometidas en un dossier titulado “El Perú domesticado”(enero-febrero de 2001, n° 128); desde entonces la lista de inculpados no ha dejado de ir en aumento.

<sup>10</sup> Véase *Caretas*, 18 de octubre de 2001, n° 1692, “Concertación-Buscando el milagro”.

## 2. Confrontando símbolos

Como nunca antes, las imágenes han desempeñado un papel resaltante a lo largo del proceso político sobreponiéndose la inmediatez de la vista al análisis metódico. El *marketing* político unido al autoritarismo tradicional han favorecido una guerra de símbolos desplazando de la vida política los debates de ideas. El mismo proceso de la transición se concreta en un cambio de imaginерías.

A. Fujimori ganó por primera vez las elecciones presidenciales en 1990 frente a M. Vargas Llosa con el apodo de “el chino”: era identificado como de procedencia humilde, con rasgos físicos orientales, más próximos a los serranos que el “blanco” de Vargas Llosa, aquel escritor mundialmente conocido, instalado en Europa y convertido en político por oposición al proyecto de nacionalizar los bancos del presidente A. García. Se enfrentaron dos esloganes: “Libertad” de M. Vargas Llosa, con un logo inspirado del movimiento polaco Solidaridad, y por otro lado, la terna poco llamativa, “Trabajo, honradez y tecnología”, de A. Fujimori.

Al modelo político y económico de los Estados Unidos, en buena parte desconsiderado por su tradicional ingerencia, se sustituyó, con el éxito de Fujimori, el sueño del eldorado japonés, corroborado por el éxito de Japón en todos los frentes, así como por el empuje de los 4 dragones asiáticos [...] Como el Japón destruido de 1945, el Perú podía esperar renacer de las cenizas de la guerra interna y de la hiperinflación para transformarse en potencia económica. Fracasó el sueño oriental por la indignidad de su artífice peruano (una indignidad tal vez previsible por los mismos padrones que rigen el modelo japonés, o sea la corrupción inherente al manejo de la política en Tokio)<sup>11</sup>.

Ahora bien, se puede reconocer un lazo de parentesco entre las imágenes y el manejo de símbolos por quien ha encarnado la oposición a Fujimori en 2000: Alejandro Toledo. Al “chino” se ha sustituido el retrato del “cholo” Toledo, o sea el mestizo aindiado nacido en una familia provinciana, numerosa y pobrísima. Representa el cumplimiento del sueño de millones de peruanos: es el niño lustrabotas que por su tesón ha llegado a graduarse en una de las más prestigiosas universidades norteamericanas y ha regresado al Perú, casado con una extranjera pero fiel a sus raíces, a las diversiones populares y portador de un programa electoral resumido en una sola palabra ya presente en el proyecto de Fujimori: “Trabajo”.

La promesa de dar trabajo en lugar de una referencia explícita a la Libertad o a la Democracia, está presente en el logo de *Perú Posible* y resumida por la letra mayúscula T, que recuerda de forma subliminal el liderazgo de Toledo a la cabeza de este movimiento<sup>12</sup>.

A lo largo de los años 90, las imágenes televisivas presentaron a Fujimori manejando tractores, bajando de helicópteros, recorriendo incesantemente el Perú a la vez que lucía los trajes típicos de cada comunidad o provincia visitada. Estas postales del Perú profundo (dicho sea de paso, un adjetivo ya tan trillado como desprovisto de sentido), han sido reemplazadas por otras, enfocando a A. Toledo como nuevo inca, segundo Pachacutec que anuncia el advenimiento del Perú indio<sup>13</sup> desde El Cusco y Machu Picchu.

---

<sup>11</sup> La última consecuencia de la identificación de A. Fujimori con Japón han sido manifestaciones contra los ciudadanos peruano-japoneses acosados en Lima desde la huida del presidente. Véase *Quehacer*, n° 128, págs. 35-41.

<sup>12</sup> Sin embargo cabe matizar la identificación popular con Toledo pues según las encuestas de opinión el mayor respaldo recibido por éste ha sido de los niveles socioeconómicos A y B mientras los niveles más pobres apoyaban a Fujimori como garante de una política de asistencia social nunca vista. Véase el artículo de Augusto Álvarez Rodrich “¿Quién le teme a Alejandro Toledo?” en *Quehacer*, n° 123, marzo-abril de 2000, págs. 14-15.

<sup>13</sup> Contra la realidad histórica los asesores de comunicación de Alejandro Toledo difundieron la noticia de que éste iba a ser el primer presidente indio del Perú, pasando por alto el protagonismo de los “cholos” Santa Cruz y Castilla en el siglo XIX, Sanchez Cerro y Velasco en el siglo XX.

Antes de llegar a aquella imagen apoteósica transmitida a nivel mundial el 28 de julio de 2001, la recuperación de los símbolos de la peruanidad había sido preparada por la manifestación de protesta contra la perennización de Fujimori, el 27 de julio de 2000, llamada con gran acierto “la Marcha de los Cuatro Suyos” en referencia a la antigua denominación del imperio inca. “La Marcha de los 4 Suyos” predecía la unanimidad de la protesta a lo largo y a lo ancho del Perú. De hecho fue una movilización masiva que se enfrentó con numerosos obstáculos, llegó a congregarse ochenta mil personas en la capital pero terminó de modo trágico por las múltiples provocaciones<sup>14</sup>.

Entre el incanato de Toledo y la celebración de Japón por Fujimori, un tercer sistema de imágenes apenas tuvo tiempo de emerger, el que precisamente más correspondió a la etapa de transición y brindó un discurso diferente.

Se trató primero de una marcha de las “manos blancas” protagonizadas por los universitarios en 1997, la cual reveló la reintegración de los jóvenes a la vida política después del tiempo de la movida (1993-1996) o liberación festiva tras años de atentados y apagones (1989-1992) y tras el silenciamiento implicado por la política universitaria de Fujimori consistente en crear Comisiones reorganizadoras que ordenaron las universidades nacionales de tradición rebelde.

La búsqueda de *performances* ha sido mantenida a raíz de la agudización de la crisis institucional y de la inventiva puesta al servicio de la lucha política: así es como, con evidente sentido teatral, se organizaron jóvenes artistas para “lavar la bandera” cada viernes frente al palacio presidencial, una rutina silenciosa inspirada probablemente en la obstinación eficiente de las Locas de la Plaza de Mayo. El ejemplo del lavado de bandera en una humilde batea se repitió en adelante en otras plazas con otros protagonistas, pasando a simbolizar el honor nacional mancillado por el proceso electoral del 2000<sup>15</sup>. Otro grupo puso en escena ante el Palacio de Justicia el velorio del organismo encargado del proceso electoral (ONPE). Hubo quienes “atiborra[ron] de bolsas de basura con los rostros impresos de Fujimori y Montesinos las puertas de personajes identificados con la corrupción [...] También se hicieron famosas pequeñas jaulas que contenían monigotes con el rostro de Montesinos o Fujimori en traje a rayas, y que se vendían por el costo de la jaula ‘porque lo que está adentro no vale nada’. Las Mujeres por la Democracia fumigaron el Palacio de Justicia. Con ellas y otros colectivos juveniles se impulsó el Muro de la Vergüenza, una suerte de dazibao a la peruana<sup>16</sup>”. El colectivo “Sociedad Civil” con otras entidades de nombres tan significativos como “Transparencia” ponían en tela de juicio el funcionamiento de un sistema político llamado a perdurar e identificado en un solo rostro, en el mismo momento en que se revelaba inútil la ortodoxa Mesa de Diálogo promovida por la OEA.

El sucesor inmediato de Fujimori, Valentín Paniagua, hábil lector de la desmoralización, trató de dar la imagen exactamente inversa del Poder. La encarnación de la modestia se sustituyó a la omnipotencia, con un mandatario que ya no aterriza en los rincones más desheredados del país, sino que pagaba concienzudamente el peaje para ir a comprar un mueble a los artesanos de Villa Salvador. Los tecnócratas engréidos de los años 90 dejaban el paso a un anciano profesor de derecho con voz pausada y tranquilas certidumbres.

Asimismo el gobierno de transición auspició una campaña para moralizar el país y tratar de poner fin a la secular tradición de corrupción: en aquellos mensajes publicitarios difundidos

---

<sup>14</sup> La Marcha de los Cuatro Suyos acabó de forma dramática con el incendio del edificio central del Banco de la Nación en que murieron seis vigilantes mientras tardaban en intervenir los bomberos y la policía.

<sup>15</sup> “El lavado es un ritual de purificación y de inversión, en las antípodas del ritual del izamiento tal como se generalizó y exacerbó durante la década”, escribe Carlos Iván Degregori en *La década de la antipolítica*, Lima, 2000, IEP, pág. 262.

<sup>16</sup> Carlos Iván Degregori, *op. cit.*, pág. 264.

con mucha frecuencia en los canales de televisión, unos niños advertían a sus padres contra la tentación de corromper al policía en el momento de recibir una multa, o bien cantaban en coro por una nueva “cruzada de valores”. Si bien tal expresión connota los orígenes políticos del equipo demócrata-cristiano de la transición, la promoción de la moralización es lo más importante: cuestiona los cimientos mismos de la sociedad peruana organizada en base al cínico lema “se acata pero no se cumple”. Con tal campaña estaba superada la fácil inculpación de un solo hombre, cómodo responsable de todas las abominaciones pasadas. Se enjuiciaba el clientelismo dominante, el sistema de favores y el desamparo del Estado, cornucopia al alcance del Vivo, ese paradigma nacional.

El ideal de la pureza, connotado con niños vestidos de blanco, había de reemplazar la viveza criolla. Por ser cusqueño, el presidente constitucional Paniagua ya representaba una ruptura con el limeñismo vigente desde los 80. Desgraciadamente el mensaje de autocrítica y moderación había de contrastar con la caza de brujas promovida por algunos periodistas estrellas y más eficiente para ganar partes de audiencia. Al fin y al cabo, se puede temer que la política peruana sólo haya renunciado por un momento a los excesos y a la ultranza. ¿Puede hablarse por tanto de un silencio de los intelectuales, más allá de la fiscalización hecha en la pequeña pantalla? La pregunta en cuanto al compromiso de la intelligentsia va a recibir una respuesta múltiple conforme a la situación confusa de fines de los 90.

### 3. Los intelectuales entre dos fuegos

Las relaciones de Fujimori con los intelectuales han sido complejas; por lo que no se puede hablar ni mucho menos de un repudio masivo e inmediato. Muy hábilmente los investigadores sociales han sido instrumentalizados y han participado en las manifestaciones culturales que se han ido multiplicando con el paso del decenio a la inversa del vacío cultural de finales de los 80.

Las publicaciones del Fondo Editorial del Congreso, con la recopilación de las conferencias dadas por los más conspicuos especialistas de cada área, así como la floreciente actividad editorial de la Biblioteca Nacional, la convocación de numerosos congresos internacionales, la inauguración del Museo de la Nación en el antiguo local del monumental Ministerio de Pesquería, la oportuna promoción de hallazgos arqueológicos (el sitio del Señor de Sipán, la momia Juanita), todo ello contrasta con la anterior penuria de recursos dedicados a la actividad científica a nivel institucional. Claro que en términos de presupuestos, las sumas invertidas en la Cultura fueron mínimas en relación con los gastos en armamento y ayuda social.

También se han de contraponer con el dinero usado en la llamada “prensa chicha” u oficialista, destinada a un público popular, con títulos ya programáticos como *El Chino* o *El Tío*, muy agresivos respecto a la oposición mientras que de los periódicos antiguos fueron desapareciendo los avisos pagados por entidades como el Ejército o el Ministerio de la Presidencia, privándolos de una fuente fundamental de financiación<sup>17</sup>. La censura se ejercía así de forma soterrada, evitando el patético espacio en blanco de otros tiempos y confundiendo al público desinformado ante la indiscriminada variedad de las primeras planas. La mayor audiencia de los canales de televisión explica por otro lado la patente coacción ejercida al expropiar a algunos dueños de medios de comunicación.

Ante el autoritarismo creciente son pocos los intelectuales que han seguido fieles al régimen y ciegos ante las demandas de cambio. Esa peligrosa colaboración que los ha convertido en las ovejas negras de la Transición se explica por sus convicciones íntimas acerca de la necesidad de un gobierno fuerte para “salvar al Perú” después del decenio de las esperanzas

---

<sup>17</sup> Véase Grompone, págs. 134-136.

perdidas, los años 80 que fueron los de la recuperación de la democracia. La María Moliner peruana, la lexicógrafa Martha Hildebrandt siguió asumiendo la presidencia del Congreso hasta la agonía del régimen y por ser mujer probablemente ha sido más vilipendiada que otros; el profesor de derecho, Fernando de Trazegnies, ministro de Asuntos Exteriores, y Francisco Tudela, rehén a lo largo de varios meses en la embajada japonesa, último primer vicepresidente del régimen, siguieron aportando su caución moral a Fujimori.

Más problemático y menos fácil de censurar fue el apoyo público dado por el historiador Pablo Macera al aceptar figurar en la lista de candidatos fujimoristas a las elecciones de 2000. Tal compromiso le valió las críticas más acerbas a las que contestó con la certidumbre de la necesidad de un poder ejecutivo fuerte para vertebrar la sociedad peruana tan fragmentada y disímil<sup>18</sup>.

Desde la otra orilla se han oído las voces de M. Vargas Llosa, cuya *Fiesta del Chivo*, oportunamente lanzada en vísperas de las elecciones presidenciales, no dejaba de sugerir el juego paronímico “La Fiesta del Chino”. Quien cambió de postura respecto al gobierno de Fujimori fue Alfredo Bryce Echenique, un tiempo ensalzado por el régimen que había confirmado por otro lado la pérdida de la nacionalidad peruana para Vargas Llosa vuelto español.

Con las elecciones de 2001, después de un tiempo de fe en la pureza del proceso de renovación política se ha puesto de manifiesto la necesidad de una vigilancia de todos los instantes hacia los candidatos y se ha expresado el temor de una recaída en el modelo autocrático. Al apoyo incondicional de Mario Vargas Llosa a Alejandro Toledo se han opuesto los intelectuales mediáticos Jaime Bayly y Álvaro Vargas Llosa<sup>19</sup> llamando a votar viciado; el propio Bryce Echenique ha manifestado su incompreensión ante la brevedad del período de transición constitucional, terminado cuando apenas empezaba a presentar algunos resultados.

De hecho, como temiendo el olvido y la inacción futuras, en las últimas semanas de su gobierno, el presidente Paniagua nombró una Comisión de la Verdad encargada de examinar todos los casos de violación de los derechos humanos desde los años '80. En los meses anteriores ya habían sido instaladas una Comisión de Iniciativa Nacional contra la corrupción y una Mesa de Concertación de Lucha contra la Pobreza<sup>20</sup>; y, por otro lado, unas trescientas cincuenta personalidades, entre comandantes generales del ejército, congresistas, jueces y empresarios, han sido inculpadas y arrestadas las más de las veces por soborno y enriquecimiento ilícito. Se ha dado incluso el caso de corrupción de un congresista miembro del movimiento denominado Frente Independiente Moralizador y constante fiscalizador del gobierno fujimorista.

Lo paradójico de tal situación es que todo se descubre por la práctica de Vladimiro Montesinos de grabar vídeos secretos, probablemente con fines chantajistas, de aquellas personalidades a las que compraba. La cantidad de cintas alcanzaría 30 000, otras tantas bombas de tiempo con las que ha amenazado defenderse el ex asesor presidencial poniendo en peligro el mismo proceso de la Transición.

Después del desengaño de los 90, muchos intelectuales anónimos comparten la visión escéptica del porvenir enunciada por Bryce: consideran que la crisis sufrida por el Perú tiene raíces muy profundas y no se va a resolver con la simple eliminación del monstruo bicéfalo fujimontesinista, esa especie de dragón tan cómodo para la prensa que ni siquiera se interroga sobre el hecho de que el régimen se ha autodestruido con el descubrimiento de su videoteca

---

<sup>18</sup> Véase *Quehacer* “Inteligencia oculta”, n° 125, julio-agosto de 2000.

<sup>19</sup> Véase *El País*, 25 de abril de 2001

<sup>20</sup> Véase Rolando Ames, Enrique Bernaldes y otros, *Situación de la democracia en el Perú (2000-2001)*, Lima, PUCP, 2001, pág. 264.



secreta. Tampoco basta una caza de brujas como la que ha empezado a fines de julio de 2001 con la destitución de todos los altos cargos de las entidades estatales.

El problema radica en la casi eliminación de los partidos políticos, desconsiderados desde el fracaso de los 80, cuando la democracia no supo enfrentar la espiral del terrorismo ni pudo resistir la violencia de la hiperinflación. Fujimori había ganado entonces justamente por presentarse como un independiente, desvinculado de las “argollas” politiqueras. En adelante los partidos tradicionales tuvieron una votación mínima mientras, siguiendo el modelo presidencial de “Cambio 90”, surgían agrupaciones cuyos nombres “Somos Perú”, “Perú Posible” y demás delataban el rechazo por el debate político. Al fin y al cabo, en 2001 ha triunfado otro independiente, A. Toledo, frente a dos representantes del sistema de partidos, Lourdes Flores, del Partido Popular Cristiano, y Alan García del APRA. Apunta el temor a un nuevo caudillismo consecutivo a esa elección.

El miedo a que la Historia se repita y una vez vez más quede envarado el Perú ha inspirado algunas compañías de teatro con espectáculos de sátira sociopolítica. El grupo Cuatrotablas así ha propuesto una versión remozada de su *Oye para siempre* llevado al escenario en los momentos de crisis de los anteriores decenios, como advertencia sarcástica hacia la sociedad peruana tentada por sus viejos demonios. También con motivo de las fiestas patrias y la juramentación del nuevo mandatario, la compañía Yuyachkani ha armado unas *Vitrinas para un museo de la memoria-Hecho en el Perú*, una galería animada que ofrecía una especie de representación caleidoscópica de la realidad política, social y cultural del Perú, develando tanto “las maquinaciones ocultas” como “el álbum del indígena imaginario que la dominación colonial y su heredera la republicana ha compilado”. El trabajo de aquellos actores corresponde a un intento de prolongar la toma de conciencia colectiva e incentivar a la participación ciudadana.

Tal compromiso viene a ser como la esperanzadora conclusión de búsquedas artísticas hasta entonces defraudadas. Tanto las novelas de los jóvenes autores de los 90 como las obras de madurez de escritores ya reconocidos han desembocado o bien en la representación de atroces violencias<sup>21</sup> o bien en la figuración de universos dominados por la marginación y la muerte<sup>22</sup> o bien se han alejado del horizonte peruano hacia universos exóticos<sup>23</sup>, marcadamente el oriental, lo cual podría dar lugar a más amplias reflexiones e interpretaciones alegóricas, recordando la celebración del Japón por el régimen derrotado.

Aún no está escrita la novela de la Transición peruana y el proceso político no ha terminado. Algunos vaticinan incluso otra vuelta atrás. Pero, a modo de conclusión más optimista, preferimos anotar la increíble vitalidad de la literatura y del arte que experimenta el Perú en este momento. La creatividad se manifiesta de parte de las distintas generaciones, apareciendo cada semana nuevos libros e inaugurándose exposiciones. El afán de lectura se intuye en el mismo fenómeno de las ediciones piratas, condenables por cierto, pero expresivas de lo inasequible que sigue siendo la Cultura para muchos. En todo caso, el sentido del humor,

---

<sup>21</sup> El título de la novela de Miguel Gutiérrez, *La Violencia del Tiempo*, es sintomático aunque se trata de una novela histórica escrita a principios de los 90 (Lima, Milla Batres, 1991). La violencia de los años 90 marcada por la tentación del terrorismo también empapa la obra de Patricia de Souza *La mentira de un fauno* (Lima, Santo Oficio, 1999). La represión vivida por los campesinos en la Sierra es el tema de Zein Zorilla en *Las mellizas de Huaguil* (Lima, San Marcos, 1999). La violencia urbana, la delincuencia y las pandillas constituyen el universo de *Matacabras* de Sergio Galarza (Lima, Asma, 1996) y de *Instrucciones para atrapar a un ángel* de Javier Arévalo (Lima, Signo, 1995).

<sup>22</sup> Mario Bellatín, *Salón de belleza*, Lima, Campodónico, 1994.

<sup>23</sup> Véase Oswaldo Reynoso, *Los eunucos inmortales*, Lima, PEISA, 1995. Mario Bellatín con *El jardín de la señora Murakami* (Lima, PUCP, 2001) traslada el lector a un Japón deshumanizado; editado en el Perú pero instalado en México, Bellatín lleva años apartado de la vida literaria peruana donde se le reconoce en tanto que escritor nacional.

desterrado por la violencia a principios de los 90, empieza a ser recuperado en la literatura producida en el Perú mismo. A las exitosas obras de Bayly, Bryce y Vargas Llosa les hace ahora la competencia *El enano. Historia de una enemistad*, una novela satírica de Fernando Ampuero, “primera exitosa catarsis posfujimorista<sup>24</sup>” que ajusta las cuentas con todos.

---

<sup>24</sup> Julio Ortega, “Un enano recorre Lima”, *El País*, 3 de noviembre de 2001.